

La organización genital infantil

Ya en la niñez se consume una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la pubertad. El conjunto de las aspiraciones sexuales se dirigen hacia una persona única, y en ella quieren alcanzar la meta. He aquí, el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva que la vida sexual presentará después de la pubertad. La diferencia entre la infancia y la pubertad, es que **en la pubertad se produce la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales** (no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta). La instauración de ese primado al servicio de la reproducción, es la última fase por la que atraviesa la organización sexual.

Luego Freud dice, que no está conforme con la idea de que el primado de los genitales no se consume en la primera infancia. Si bien no alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran un significado importante.

La característica principal de esta organización genital infantil, es que para ambos sexos, solo desempeña un rol importante un genital, el masculino. Por tanto **no hay primacía genital, hay primacía del falo**. Para el NIÑO es natural presuponer en todos los otros seres vivos, humanos y animales, un genital parecido al que el mismo posee; aún en las cosas inanimadas busca una forma análoga a su miembro. Someten a esa parte del cuerpo lleno de sensaciones a un análisis con experimentos puestos al servicio de la investigación sexual.

En el curso de esas investigaciones el niño llega a descubrir que el pene no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él. Su reacción frente a las primeras impresiones de la falta de pene son: Desconocen la falta; creen ver un miembro a pesar de todo; crean la hipótesis de que aún es muy pequeño y que ya va a crecer, y después poco a poco llegan a la conclusión de que sin duda **estuvo presente y que fue removido**. La falta de pene es entendida como el resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de tener que asumir la posibilidad de su propia pérdida.

Sólo puede apreciarse rectamente el importante significado del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase de primacía del falo.

Ya es un obstáculo suponer la falta de pene en todas las personas del sexo femenino, el hecho de concebirlo como un castigo, ya que el niño cree que sólo personas despreciables del sexo femenino, probablemente culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo incurrió, perdieron el pene. Pero las personas respetable, como su madre, siguen conservando el pene. **Para el niño el ser mujer no coincide todavía con la falta de pene**. Sólo más tarde, cuando aborda la problemática de los nacimientos, que descubre que sólo mujeres pueden parir hijos, por lo que la madre perderá el pene; de esta manera creará las más complejas teorías sobre el trueque de un hijo a cambio del pene.

En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino, sino que entre activo y pasivo. En la anal se presenta la distinción entre genital masculino y castrado. Sólo en la pubertad se habla de femenino (objeto, pasividad y vagina) y masculino (sujeto, actividad y posesión del pene).

El sepultamiento del Complejo de Edipo

El complejo de Edipo se considera como el fenómeno central del período sexual de la primera infancia y se cree que se va a pique debido a las dolorosas desilusiones acontecidas o la falta de satisfacción esperada, la continúa denegación del hijo deseado, por fuerza determinarán que los pequeños enamorados se alejen sin esperanzas. **Así, el complejo de Edipo se iría al fundamento a raíz de su fracaso, como resultado de su**

imposibilidad interna.

Otra idea que se puede enunciar respecto a porque se sepulta el Complejo de Edipo, es que se cree que ha llegado el tiempo de su disolución. Es cierto que es vivenciado de manera distinta por cada uno de los individuos, pero es también un fenómeno determinado por la herencia, dispuesto por ella, que tiene que desvanecerse de acuerdo con el programa cuando se inicia la fase evolutiva siguiente, predeterminada.

La fase fálica, contemporánea a la del complejo de Edipo, no prosigue su desarrollo hasta la organización genital definitiva, sino que se hunde y es relevada por el período de latencia. La tesis es que la organización genital fálica del niño se va al fundamento a raíz de esta amenaza de castración.

El psicoanálisis ha atribuido renovado valor a dos clases de experiencias de lo cual ningún niño está exento y por las cuales debería estar preocupado para la pérdida de partes muy apreciadas de su cuerpo:

- 1.- El retiro del pecho materno, primero temporario y luego definitivo.
- 2.- Separación del contenido de los intestinos, diariamente (defecar).

Pero nada se advierte en cuanto a que estas experiencias tuvieran algún efecto con ocasión de la amenaza de castración. **La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño es la de los genitales femeninos;** no puede convencerse de la falta de pene en un ser tan semejante a él. Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración.

La masturbación es sólo la descarga genital de la excitación sexual perteneciente al complejo, y a esta referencia deberá su significatividad para todas las épocas posteriores. El complejo de Edipo ofrecía al niño dos posibilidades de satisfacción: una activa y una pasiva. Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, ante lo cual el padre fue sentido pronto como obstáculo (activo); o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, ante lo cual la madre quedó sobrando.

La aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo; ya que ambas conllevan la pérdida del pene; una masculina, en calidad de castigo y una femenina como premisa. Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. Ante esto, triunfará normalmente el primero; el Yo del niño se extraña del complejo de Edipo.

Las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por indentificación. La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el Yo, forma ahí el núcleo del Súper Yo, que toma prestada del padre la severidad, perpetúa la prohibición del incesto y, así, asegura el yo contra el retorno de las investiduras libidinosas de objeto. (las aspiraciones libidinosas pertenecientes a este complejo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo cual sucede por introyección, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. El proceso en su conjunto salvó una vez a los genitales, alejó de ellos el peligro de la pérdida, y además los paralizó, canceló su función. Con este proceso se inicia el período de latencia, que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño.

El complejo de Edipo se va a fundamento a raíz de la amenaza de castración.

¿Puede atribuírsele a la niña una organización fálica y un complejo de castración? Si, pero las cosas no suceden de la misma manera que en el niño varón. (la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico). El clítoris de la niña se comporta al comienzo en un todo como un pene, pero ella, por la comparación con un compañerito de juegos, percibe que es demasiado corto, y siente este hecho como un perjuicio y una razón de inferioridad. Durante un tiempo se consuela con la expectativa de que

después, cuando crezca, ella tendrá un apéndice tan grande como el de un varón.

La niña no comprende su falta como un carácter sexual, sino que lo explica mediante el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande, y después lo perdió por castración. **La niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo ante la posibilidad de su castración.**

Excluida de la angustia de castración, está ausente también un poderoso motivo para instituir el súper Yo e interrumpir la organización genital infantil. La renuncia al pene no se soportará sin un intento de resarcimiento. La muchacha se desliza hacia una ecuación simbólica: **Pene = Hijo**; su complejo de Edipo culmina en el deseo de recibir como regalo un hijo del padre. El complejo de Edipo es abandonado poco a poco porque este deseo nunca se cumple.

Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos

La situación del complejo de Edipo en el niño retiene el mismo objeto al que ya en el período anterior, el de latencia y crianza, había investido con su libido todavía no genital. También el hecho de que vea al padre como un rival perturbador a quién querría eliminar y sustituir se deduce limpiamente de las constelaciones objetivas (real). Y ya en otro lugar he expuesto que la actitud perteneciente a la fase fálica, y que se va al fundamento por la angustia de castración, o sea, por el interés narcisista hacia los genitales. El complejo de Edipo posee un sentido doble: activo y pasivo (bisexual).

En la prehistoria del complejo de Edipo (en el niño) existe una identificación de naturaleza tierna con el padre, de la que está ausente el sentido de rivalidad hacia la madre. Otro elemento es el quehacer masturbatorio con los genitales que siempre está presente (onanismo de la primera infancia), la cual al intentar se sofocada activa el complejo de castración.

Inicialmente la madre fue el objeto de amor para ambos sexos.

Hay buenas razones para creer que en la niña las fantasías sobre el deseo de tener un hijo del padre, fue la fuerza pulsional de su onanismo infantil. El complejo de Edipo tiene en ellas una larga prehistoria y **el complejo de Edipo sería una formación secundaria**. Ella nota un pene bien visible y de notable tamaño, y al punto lo discierne como el correspondiente, superior de su propio órgano, pequeño, escondido; **a partir de ahí cae víctima de la envidia del pene.**

Cuando el varoncito ve por primera vez la región genital de una niña, se muestra irresoluto, poco interesado al principio; no ve nada, desmiente su percepción, busca subterfugios para hacerla acordar con su expectativa. Sólo más tarde, cuando cobró influencia sobre él una amenaza de castración, aquella observación se volverá significativa. Dos reacciones pueden resultar del encuentro con la zona genital de una niña:

1.- Horror frente a la criatura mutilada.

2.- Menosprecio triunfalista hacia ella.

Nada de esto le ocurre a la niña pequeña. En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto eso, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo.

Complejo de masculinidad de la mujer: Puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la feminidad. Se presenta como la esperanza de recibir alguna vez, a pesar de todo, un pene igualándose así al varón.

Desmentida: En el adulto puede llevar a una psicosis. La niña se rehusa a aceptar el hecho de su castración,

se afirma y acaricia la convicción de que empero posee un pene, y se ve llevada más tarde a comportarse como un varón.

Sentimiento de inferioridad: Superado el primer intento de explicar su falta de pene como castigo personal, y tras aprehender la universalidad de este carácter sexual, empieza a compartir el menosprecio del varón por ese sexo mutilado en un punto decisivo, y al menos en este juicio, se mantiene en paridad con el varón.

Aunque la envidia del pene haya renunciado a su objeto genuino, no cesa de existir; pervive en el rasgo de carácter de los **celos**, con leve desplazamiento. Otra consecuencia de la envidia del pene, tiene que ver con el surgimiento de vínculos tiernos con el objeto-madre. La madre, que echó al mundo a la niña con una dotación insuficiente, es responsable por esa falta de pene. Tras el descubrimiento de la desventaja de los genitales, pronto afloran los celos hacia otro niño a quien la madre supuestamente la madre ama más, con lo cual se adquiere una motivación para **desasirse de la ligazón-madre** (los vínculos tiernos hacia la madre se debilitan). Con ellos, ese niño preferido por la madre sea el primer objeto de fantasía, que desemboca en masturbación.

Otro efecto de la envidia del pene es que al menos la masturbación en el clítoris sería una práctica masculina, y el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad. No puedo explicarme esta sublevación de la niña pequeña contra el onanismo fálico si no es mediante el supuesto de que algún factor concurrente le vuelve acerbo el placer que le dispensaría esa práctica.

El conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad.

La libido de la niña se desliza, a lo largo de una ecuación simbólica prefigurada $\text{Pene} = \text{Hijo}$. Resigna el deseo del pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor y la niña deviene una pequeña mujer.

En la niña el complejo de Edipo es una formación secundaria. Las repercusiones del complejo de castración lo preceden y lo preparan. Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último. Esta contradicción se esclarece si se reflexiona en que el complejo de castración produce en cada caso efecto en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la feminidad.

La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella.

El paso por el Edipo trae consecuencias tanto para la niña como para el niño, y aquí se refiere a la formación del Súper Yo. El Súper Yo nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como sucede en el caso de la niña. Rasgos de carácter que la crítica ha enroscado desde siempre a la mujer (que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menos inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida).

Posibles consecuencias del paso por el Edipo:

- 1.- Inhibición: Al estar insatisfecha con su clítoris va a renunciar a su sexualidad genital y a la sexualidad en general.
- 2.- Complejo de masculinidad: La esperanza de tener pene, de que crezca.
- 3.- Desplazamiento de la libido: $\text{Pene} = \text{Hijo}$.